

EL MAESTRERO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

MADRID

CALLE DE QUEVEDO, 7

REGIMEN ESCOLAR

CONSEJOS PRACTICOS A LOS MAESTROS

En el órgano de la Asociación de Educación Nacional, de Chile, se publicó hace algún tiempo, aunque sin firma, la serie de consejos que a continuación reproducimos, y que revelan un autor muy perito en materias de enseñanza. Esperamos que no sean del todo baldíos. Helos aquí:

«No lleguéis tarde a la Escuela. Si no sois exactos, no podréis exigir que vuestros alumnos lo sean.

Llegad siempre correctamente aseados. Un Maestro desaseado inspira desprecio a sus mismos discípulos.

No os presentéis con el semblante alterado por la cólera o el malhumor. Eso de aparecer uno de malhumor, es bastante incivil, vulgar e incómodo para los demás.

No os sentéis antes de ver que vuestros alumnos ocupan ya sus puestos, ni permanecéis sentados durante el tiempo de la clase. Es muy útil que el Maestro se ponga de pie delante de sus alumnos para enseñarles y que no deje de pasearse de vez en cuando de un punto a otro. Así se cansará menos, vigilará la clase y mantendrá más alerta la atención del niño.

No pretendáis enseñar sin haber preparado antes las lecciones. Aunque tuviereis mucha práctica, no podréis pensar ni desarrollar bien un plan al mismo tiempo que estéis vigilando la clase.

No habléis muy deprisa, porque no os entenderán; ni muy despacio, porque entonces cansaréis. Tened presente que el niño es un ser muy delicado, variable y exigente.

No gritéis nunca, como si hablarais a sordos. No se enseña al niño aturdiéndole. El que habla con voz demasiado alta demuestra poca cultura.

No hagáis nunca explicaciones largas. La

atención del niño es débil y no podría seguir.

No déis muchas definiciones. Si pueden aprender muchas los niños, serán pocas las que comprendan.

No perdáis el tiempo haciendo que los niños repitan cosas triviales.

No hagáis que los niños repitan muchas veces en coro un ejercicio. Una o dos veces lo harán conscientemente; después, sólo lo hacen como papagayos.

No uséis términos extraños o poco comunes, porque no os comprenderán. Cuando sea indispensable hacerlo, acompañad siempre breve y clara explicación.

No fijéis la vista en un solo punto de la clase, pues en los demás estarán los niños distraiéndose. El Maestro debe ser todo ojos para mantener al discípulo alerta.

No déis la espalda a vuestros alumnos. Es distracción que cuesta cara.

No vaciléis en vuestras explicaciones de modo que el niño sospeche que no sabéis lo que enseñáis.

No borruis la pizarra con las manos sólo. Es desaseado.

No laméis a los niños diciéndoles *tú, vos, éste, aquél*. Aprended sus nombres y habladles de *usted*. Así les iréis acostumbrando al trato respetuoso de la gente educada.

No os habituéis a ciertos estribillos en vuestras explicaciones o ejercicios, como los de *¿verdad?, ¡eh!, a ver, vamos, ¿quién me dice?, etc.*, que por descuido usan hasta los mejores Maestros.

No golpeéis la mesa ni los pupitres. Mal sistema de enseñar es el de asustar al niño.

No pongáis a un alumno de celador de los demás. Le tornaríais en objeto de odio, y

por evitar una falta pequeña haríais germinar una mala pasión.

No déis muestra de cólera o de impaciencia porque un niño no os comprende. Al contrario, revestíos de paciencia, explicad de nuevo, buscad otros términos para ser más claros, luchad tenazmente hasta vencer. La satisfacción del triunfo os recompensará de las fatigas para alcanzarlo.

No elogiéis a un niño en su presencia, ni delante de los otros. En aquél excitaríais la vanidad y en éstos la envidia.

No seáis pródigos en regaños. El regaño continuo fastidia al niño, y puede hacerlos no pocas veces objeto de sus burlas.

No contéis cuentos para hacer reír a los niños. Bueno es hacerles agradable la Escuela; pero no olvidéis que el niño que se ríe libremente delante de su Maestro, está muy cerca de faltarle al respeto.

No increpéis con dureza excesiva, ni mucho menos hagáis uso de palabras fuertes. Esto es propio sólo de gente mal educada.

No os burléis nunca de los niños. Ya sabéis que la burla es la ofensa más difícil de perdonar.

No entabléis plática con los niños. Esa familiaridad no ganará su cariño, pero sí puede disminuir el respeto que os tiene.

No os metáis a inquirir de los niños cosas de su hogar, que no tienen relación con la Escuela. Vuestras preguntas, aunque inocentes, pueden, mal comprendidas, ocasionar disgustos o desconfianza a los padres.

No ocupéis a los alumnos en cosas ajenas de la Escuela. Acordaos que no son vuestros hijos, ni vuestros sirvientes.

No manifestéis delante de un niño el deseo de poseer una cosa que pueda él daros. Ansioso de complaceros, será capaz hasta de una mala acción para conseguirlo.

No miréis con desprecio los obsequios del niño, por insignificantes que sean. Recibidlos con muestras de agradecimiento.

No pongáis apodos, ni habléis mal de nadie; no fuméis ni ejercitéis en la Escuela ningún acto reprobado por la moral o la urbanidad. Acordaos que ante todo sois Maestro

de virtud y de decoro y que la doctrina está muerta si el ejemplo no la vivifica.

No golpeéis, no pellizquéis, no tiréis de las orejas a los niños. Esa es práctica torpe y rutinaria de disciplina condenada severamente por la moderna Pedagogía.

No impongáis castigos al niño que le degraden o le conviertan en objeto de irrisión. Esos castigos son contrarios al sentimiento de la dignidad que debe estimularse en el niño para que sepa ser hombre y buen ciudadano.

No amenacéis con penas que no impondréis, ni revoquéis las impuestas. Todo esto desvirtúa al Maestro. En el primer caso, el niño le juzgaría mentiroso, y débil en el segundo.

No impongáis castigos sin estar convencidos de la culpabilidad del acusado, para que después no sintáis la vergüenza de haber cometido una injusticia.

No os olvidéis de ninguno de los movimientos de la táctica escolar; son un auxiliar poderoso para mantener el orden y la disciplina y ahuyentar la pereza.

No recibáis visitas personales en la Escuela. Presentad sin pena vuestras excusas a quien se haya olvidado del deber tan trivial de no turbaros en vuestras importantes tareas.

No mostréis desagrado por la visita del Inspector. Al contrario, recibidle con respeto y complacencia. Oíd atentos sus indicaciones y consejos, dadle los informes que os pida y haced, en su presencia, los ejercicios que desee ver practicar. No le contradicáis ante los alumnos para no desvirtuarlo y exponeros a que os informe mal. Si tenéis alguna queja, petición u objeción que presentar, hacedlo fuera de la Escuela o por escrito.

No rehuséis tampoco la visita de las personas que deseen conocer la Escuela y sus adelantos. Tratadles con atención y benevolencia si ellas lo desearan; haced ejercicios en su presencia; pero nunca anticipéis buena opinión con respecto al aprovechamiento de alguno de vuestros discípulos. Podríais llevaros un chasco.

ANALISIS GRAMMATICAL

por D. Ezequiel Solana.—152 páginas, 2,50 pesetas.

REVISTA FEMENINA

CRONICA DE LA MODA

Delantales para niñas.

En otras ocasiones hemos hablado del delantal, y hemos demostrado cuán útil y práctica resulta dicha prenda para toda persona



Además, si se acierta en la forma y el colorido, puede resultar el delantal un motivo de decoración del traje, que no dejará nunca de ponerse la niña, por su manera práctica de meter y quitar, y porque conoce ya todo lo que la adorna.

En el grabado de las dos niñas, que adjunto damos, puede observarse que el delantal de la primera desempeña, además de lo dicho, otra utilidad; es decir, que le sirve de bolsa para la labor.

El adorno que lleva en su parte inferior disimula muy acertadamente dos bolsillos, que pueden servir admirablemente para guardar la labor o también la merienda, lo que no deja de ser una ventaja, pues así se ahorran tiempo de guardarlo, no pierden los utensilios de hacerla y en cualquier momento de más pueden ponerse a trabajar.

Vistas las ventajas de la prenda en cuestión, creo que muchas mamás concederán a sus niñas el gusto de llevar muchos ratos delantal.

LABORES PARA NIÑAS

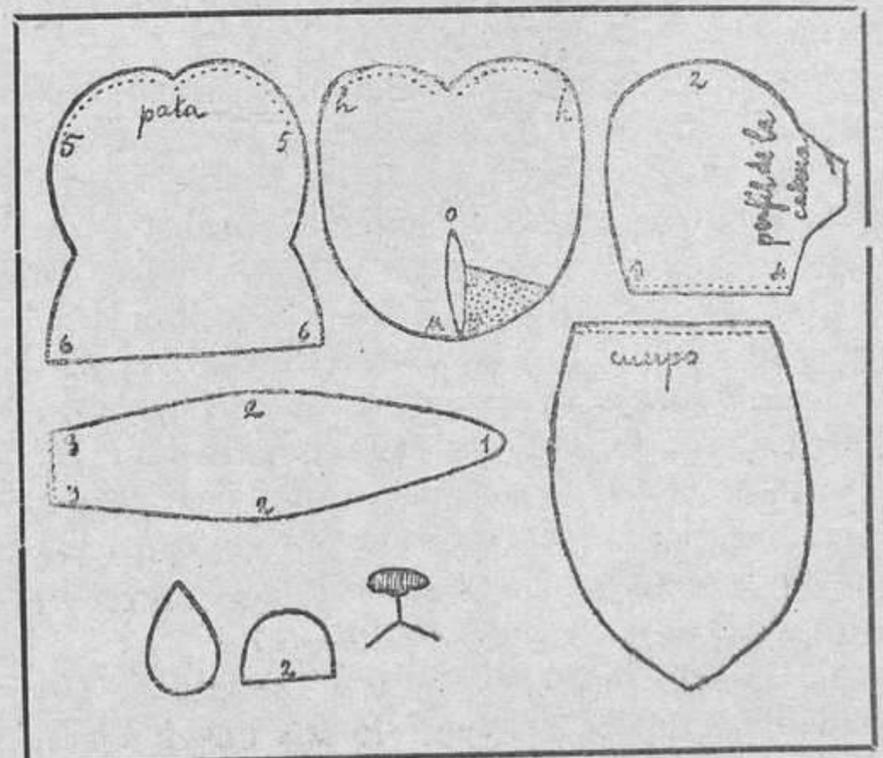
Construcción de un oso de felpa o terciopelo.

Aunque los juguetes de trapo no son de nuestra predilección, por lo poco higiénicos

amante del aseo y que tenga que dedicarse a los quehaceres domésticos.

Hoy nuestro propósito es dar a conocer el delantal para niñas de corta edad. Las personas que tengan hijas pueden haber observado qué ilusión tan grande tienen éstas para usar la prenda dicha. Parece ser que, en el deseo de toda niña a ser mayor, el uso del delantal le hace (según su parecer) llegar a esa edad, que tanto ansiamos alcanzar cuando pequeños, y de aquí el gran entusiasmo que manifiesta toda niña para llevar delantal.

Aparte de esto, el delantal tiene para nosotros otra ventaja mayor, y es que su empleo reserva a las niñas de mancharse excesivamente el vestido, y, por consiguiente, economía de trabajo, tiempo y dinero, pues hay que lavar menos éstos, y así no se deterioran tanto.



que resultan, tienen, en cambio, la ventaja de una gran economía, y por eso recomendamos a nuestras lectoras busquen la manera de

que nuestras niñas ejecuten por sí mismas algunos de sus juguetitos.

He aquí, para dicho fin, un gracioso mono, que puede ejecutarse en paño, felpa y terciopelo.

La cabeza consta de tres partes; esto es, dos perfiles y la parte superior, que se unen cosiendo los números 1, 9 y 3; después los dos perfiles son cosidos de 1 a 4, dejando abierta la parte señalada con puntos.

Las orejas se hacen de dos trozos reuni-



dos por su parte redondeada, y fruncidas por la parte derecha y se fijan a la parte superior de la cabeza, en el sitio que señala el 2.

El cuerpo, según puede verse en el grabado, consta también de dos partes, que se cosen juntas, menos la parte marcada con puntos.

Las patas se pliegan asimismo en dos; después cosidas de 5 a 6; la parte marcada con puntos queda abierta y la planta se cierra con un poco de *lana rosa*. Se emplea también ésta para unir la parte sombreada de los brazos, a fin de que forme la mano; después se pliega en dos, y se cose de *o*, *u* y *h*. De igual manera que en los otros trozos, la parte marcada con puntos queda abierta. Creemos inútil decir que todas las piezas mencionadas deben coserse por el revés, las cuales se vuelven después y se las rellena de lana o serrín con sumo cuidado.

La abertura de la cabeza se cierra con grandes puntos, de igual forma que la abertura del cuerpo, y se pone aquélla sobre ésta, uniéndola por medio de pequeñas puntadas.

Las patas, rellenas ya, como todo lo demás, se cierran, y con un alambre se las atra-

viesa por la parte superior, luego el cuerpo, y, por fin, la otra pata, volviendo otra vez hasta la primera, como indica la figura 1; se estira bien el alambre para que queden las patas lo más unidas al cuerpo, y se retuerce el alambre con unos alicates, y se corta lo más próximo posible, aplastándolo después.

Los ojos, de igual modo que el hocico, pueden hacerse bordándolos con lana negra o cosiendo dos botoncitos de vidrio.

VARIEDADES DE LA MODA

Los bordados en los vestidos

Los bordados en los vestidos, que tanto éxito alcanzaron durante el invierno anterior, parecían haber decaído en la primavera y verano; pero, apenas se ha iniciado el otoño, vuelven los ricos bordados de seda, que varían hasta lo infinito. Muy finos, discretos o de colores rutilantes, se les ve destacar sobre toda clase de telas.

También se bordan con lentejuelas y pedrería, con lo que se consiguen efectos verdaderamente magníficos; pero claro es que no se emplea tan costoso adorno más que para los vestidos de gran lujo y para la noche. También se lleva en los vestidos de calle.

Los pañuelos se bordan en color, tanto las iniciales como las armas, con preferencia siguiendo el estilo Luis XV, pero siempre en colores.

Los cuellos suelen ser de forma cuadrada, adornados con un monograma o una flor, con preferencia la cameia, que continúa siendo la más elegante, o la rosa, de color ámbar tostado.

El «voile» se lleva mucho, estampado o pintado a mano, sobre todo estampado de menudas flores o de grandes lunares.

También la muselina de seda goza de la predilección de las elegantes, pudiendo completarse con aplicaciones de encaje.

De todos modos, por lo que al bordado se refiere, nos parece que hemos entrado en el verdadero renacimiento de este adorno, de tan gran variedad en nuestro país, y a cuya labor no puede estar alejada la Escuela primaria.

CONSEJOS HIGIENICOS

Las sustancias alimenticias

Hay muchas sustancias alimenticias que son muy saludables y nutritivas cuando se comen solas, pero que resultan perjudiciales

niendo los desmanes inminentes de un carácter no acostumbrado a soportar resistencias ni contras.

A todo esto, Batiste apremiaba al cura para que recabase de Salvador una contestación definitiva acerca del casamiento de los muchachos, amenazando con ir él personalmente a conferenciar con el cacique; esto horrorizaba al sacerdote, que temblaba, con razón, al pensar que los dos hombres se encontrarán frente a frente, y apelaba a todas las excusas imaginables para detener el momento.

Batiste se impacientaba, y su impaciencia y su inquietud se explicaban ante la actitud rebelde y desafiante de Nelet. El padre no vivía tranquilo cuando, al caer de la tarde, le veía alejarse silbando, en dirección del pueblo, sabiendo, como sabía, que iba a rondar el huerto de Pura, y conocedor, como era, del genio atroz de Salvador y de su poca aprensión para realizar actos de atropello. Y, naturalmente, las horas que transcurrían sin que esta situación equívoca, llena de peligros, se aclarase, eran para Batiste de una largura de eternidad.

Mientras cada uno de estos distintos personajes se debatía en el mar encrespado de sus distintos sentimientos, anhelos y temores, un odio feroz y encarnizado se iba amontonando, cual una nube negra, sobre la cabeza inocente de la pobre maestra, blanco de las animosidades y rencores de Salvador y sus compinches. Sí, Salvador se decía con ironía que, de no haber mediado la belleza sin par de aquella condenada mujer, el talento asombroso de aquella endemoniada hembra, él hubiera dominado el corazón libre de su hijo y la voluntad débil de Pura bajo el imperio poderoso y victorioso siem-

se ve perdido en la briega, sino cuando vencedor y triunfante se alza sobre el pedestal de su conquista: la conquista de su propia alma, templada como acero, valiente, en el crisol de todos los dolores.

De un cuerpo así, de un alma así, la procreación debe ser perfecta; el hijo, finalidad del amor y de la vida, debe ser, sin duda, una obra maestra de la naturaleza y del amor.

Sí; quiero al hombre que ha conservado su cuerpo robusto y sano; quiero al hombre que quiera vivir conmigo la vida íntegra, la vida completa de la salud corporal y espiritual, sin una ligera intoxicación de las escorias sociales, fuerte, gallardo, robusto, vencedor... moldeado en aquellas esencias que preconizó siempre Juvenal.

Por esto adoro a Leonardo.

Mayo, 7.

Todas las tardes nos vemos. Estos días primeros de nuestros amores, que aún son secretos y desconocidos de todos, tienen un sabor de ilusión que hace aún más encantador el misterio incitante del secreto. Nunca nos ponemos de acuerdo al despedirnos; jamás nos citamos, y, sin embargo, como si un geniecillo invisible se encargase de llevarnos sutiles embajadas, ambos a dos, sentimos el impulso de ir a un sitio cualquiera donde nos hallamos reunidos cual por obra de encantamiento.

Y es deslumbrante la alegría feliz del encuentro, aumentada por la incertidumbre que sentimos durante todo el día... ¿Nos veremos?... ¿No nos vere-

mos?... Y es música del cielo la charla atropellada que no se acaba nunca, donde cada día hay más ideas y más impresiones que cambiar.

¡Qué raro es que entre las alegrías no vengan mezcladas las contrariedades! Y así es siempre en nuestra vida este contraste del regocijo y el dolor. A mí, me tiene ya tan acostumbrada esto de ver siempre del brazo a la alegría con la contrariedad que no me sorprende, ni me espeluzno...

Los que me quieren mal, una minoría insignificante, a Dios gracias, siguen tejiendo contra mí nuevas tramas de embustes, calumnias y mentiras para desacreditarme. Y hoy como ayer, como el primer día que vine a la aldea, un enemigo taimado y ruín, so-lapado y artero, intrigante y astuto, ha ido diciendo por los rincones y las tertulias:

—¿No sabéis?... ¿No?... Pues que la maestra festeja con el hijo de Salvador detrás de la puerta, y están allí muy juntitos en lo más oscuro... y dicen...

Dicen, esto lo digo yo, todas las atrocidades, todas las malicias que ellos quieren. ¿Quién les prohíbe opinar así, rastreramente, villanamente, con toda la ponzoña que tienen en el cuerpo?

Y otro día se descuelgan con otras preguntitas, siempre picantes y mortificadoras.

—Dicen que el dinero que sacan de las comedias lo coge la maestra y ya no se vé. ¡Clarol... por eso sigue queriendo hacer más. Yo, si tuviera hijos, no les dejaría salir si no les pagara su jornal. Para que se engorde ella...

¿Para qué continuar anotando estos amargos matices de la vida de pueblo, estos rasgos escuetos de la injusticia humana, estas voces ásperas de la in-

Páez sin recatos ni ocultaciones, cantando a voz en grito las mejores coplas de su repertorio... Allá, en el segundo piso del casón, una luz brillaba vacilante. Nelet sabía que Pura le escuchaba, y cantaba desaforado y feliz, desafiando a Salvador Gironés y a la arpía de la Anastasia... Y el pueblo se reía, se reía a mandíbula batiente.

El cura se preguntaba, atónito, por qué prodigiosa templanza y contención, la cólera de Salvador no había estallado, descargando la tormenta sobre los cuatro jóvenes. Pero es que Salvador tenía miedo, a pesar de sus bravatas. Sí, tenía miedo a la amenaza de Batiste, no precisamente por la opinión que la gente pudiese formar de él. La gente no le preocupaba lo más mínimo. Era bastante cínico para ponerse la opinión pública por montera, sino por el concepto bajo y denigrante que Leonardo pudiera adquirir de él... ¡que era su padre!...

He aquí cómo en ese corazón, donde se arremolinaba en montón inmundo el fango de todas las concupiscencias, quedaba intacto un rinconcito alumbrado con luz del cielo: el amor hacia el hijo era el hilo de seda que desde el abismo de todas las vilezas le ataba al Bien. Ese era el dique que contenía los impulsos de la ira y la soberbia. El cura, que adivinaba algo de este misterioso trabajo espiritual, se decía que cada día que se detuviese Salvador en el camino del escándalo, era un paso que le aproximaba hacia la redención. ¿Quién conoce los caminos de Dios y sus fines providenciales? Quizá aquella semillita de amor paternal estuviese destinada a producir grandes frutos. Por de pronto era un freno poderoso que estaba conte-

gratitud que menosprecian y burlan lo que en la piel y en la entraña es siempre sacrificio y desprendimiento?

Pues ahora he tenido otra contrariedad, otra manifestación de hostilidades por parte de los caciques y de su mandarin principal, con motivo del festival que preparo para el día de la Ascensión, con el título de «Fiesta de la Primavera». Se han negado a asistir oficialmente para presidirla y no quieren consentir que ni en las calles ni en la plaza pública se realice ningún número infantil, de manera que ni podremos hacer los preciosos cuadros de gimnasia rítmica, ni tocar ni cantar nada por las calles, ni organizar la procesión, que tan bonita hubiera resultado. Todo esto lo hacen por fastidiarme a mí. Sistemáticamente se oponen a todo lo que son iniciativas mías, y se oponen más fuertemente desde que Leonardo me habla.. Pero tropiezan siempre con mi tenacidad, con mi tosudez, con mi gana de dar siempre puntapiés a los entorpecimientos que me ponen, y en esta ocasión aún me siento más briosa, más animada y más fuerte. Los he de vencer, les he de contrariar con todas las fuerzas de mi alma... Ahora que la Primavera sonríe, ahora que la siento palpar dentro de mí con la floración de alegrías y esperanzas nuevas, he de seguir adelante mi camino... Y aunque mis enemigos no quieran, aunque ellos desbarren y entorpecan mi labor, la «Fiesta del Niño» tendrá que hacerse. Si no en la plaza, ni en las calles de Benibarter, en otro sitio. En las grandiosas eras de la masía de Gonzalo Páez, que tiene por fondo las verdes umbrías de un pinar, en torno de la fuente

Mediaba junio, ardoroso y ubérrimo, dando cosecha rubia de trigos sazonados. Aquel año quedaban bien, y la gente andaba contenta. Salvador se daba a todos los diablos viendo que su crimen iba a resultar perfectamente inútil por no se sabe qué fatalidad inexplicable... Por si era poco el quehacer que estaba dando Leonardo con sus amorios con la maestra, allí estaba también Pura secuestrada en el casón de los suyos, quedándose con la piel y los huesos, al decir de la Anastasia, que era su canchero, y dando que hablar a todo el pueblo con este retraimiento, mitad impuesto, mitad voluntario. También la beata de la Pura se alzaba a mayores; ya tuvo con ella Salvador una entrevista, comunicándole a cumplir la voluntad de don Julián. Y tuvo el descarro de contestarle, con la mayor frescura, que no se casaría con Leonardo, porque Leonardo quería a la maestra; pero que, aunque Leonardo no quisiera a doña Julia y la quisiera a ella, tampoco se casaría ella con él, porque quería a Nelet con toda su alma, con una fuerza superior a su voluntad. Salvador necesitó hacer esfuerzos heroicos para no descargar un bofetón en la mejilla joven de su pupila. Y Salvador se confesaba que empuzaba a torcerse el curso de su buena estrella; aquella buena suerte que le había acompañado toda su vida.

Ya hacia unos días que se comentaba por el pueblo, entre risas y burlas, su malhumor y su enojo, relacionándolo con los desplantes de Pura (que también se sabían por la Anastasia), con los amores de Leonardo y la maestra, y con los paseos nocturnos de Nelet, que rondaba las tapias del huerto de los

de la Morera, en pleno campo, bajo el cielo azul; pero tiene que hacerse. No me siento sola ni aislada; he sacudido la modorra de muchos corazones, siento en torno mío el dulce calor de muchas almas conquistadas, me asisten los alientos y los entusiasmos de la mayoría de las familias, el amor de toda la juventud, aún la de mis contrarios, la ilusión de mis pequeñuelos, el apoyo de D. Bartolomé, el amor incomparable de Leonardo...

Nunca como ahora tiene el cielo de mi profesión más colores de aurora. Todo lo reviste mi alma de ilusión y sonrisas... ¡Que ellos no quieren!... ¡Qué importa, si queremos nosotros! Y la fiesta se hará.

Mayo, 8.

Nos vigilan. Por dos o tres veces, Salvador Gironés nos ha seguido a distancia cuando con Vicenta y Clarita hemos salido a dar un paseo, o cuando al anochecer hemos regresado de la Morera, donde el cuadro de Gonzalo Páez adquiere las proporciones de una obra maestra, y Leonardo acude a visitar a Nelet, que ya se levanta.

A mí, la vigilancia de este hombre me inquieta. ¿Qué estará fraguando contra nosotros? Y yo temo que Leonardo se ponga frente a él; no me perdonaría jamás ser la causa de una ruptura entre el padre y el hijo. Quisiera, al contrario, ser yo la lima que suavizara las asperezas de su trato, el puente que salvara ese abismo de incomprendiones que hay entre los dos... Quisiera redimirle, transformar-

CAPITULO XXV

La calumnia

Los días pasaban, para Salvador Gironés, con una pesadez de plomo, obligándole a asistir al derrumbamiento de todos sus sueños. Ansias de rebeldía fermentaban en él, y una cólera sorda, apenas contenida, ponía un sello de violencia en todos sus gestos y movimientos. Comprendía lo imposible que sería entablar una lucha contra su hijo, cuyo espíritu superior no admitía doblegaciones indignas. Ambos poseían la misma energía indomable, el mismo temple de alma; ambos batallaban con iguales fuerzas, con la sola diferencia de que Salvador era un juguete de bastardas ambiciones y Leonardo poseía una gran rectitud de conciencia.

La vida, en casa del cacique, era difícil y violenta. El padre y el hijo se juntaban a las horas de comer sin cambiar más palabras que las precisas; ni Leonardo había dado a Salvador ninguna explicación de su conducta, de sus aspiraciones para el futuro, de sus proyectos para el porvenir, ni Salvador se las había pedido. Mientras, el tiempo corría, y el plazo fijado en el testamento de don Julián para la celebración del matrimonio, se acortaba.

Mayo, 25.

Temblosa de alegría y emoción lo escribo, sin casi dar crédito a tan estupenda ventura.

Pedro, mi hermano Pedro; ese inútil de Pedro de quien todos hemos hecho chacota y burlesca por sus frivolidades y su apatía, ha sido aprobado con una gran puntuación en el primer ejercicio de sus oposiciones, obteniendo uno de los primeros lugares relativos.. ¡Dios mío, sería demasiada felicidad verle con el porvenir definitivo ante él!

A mí, tan acostumbrada a sufrir, me asusta la dicha, y tras ella presiento negruras de abismo y fragor de tormentas. Leonardo me dice que la ventura de hoy es una compensación del dolor de ayer; pero yo recibo las alegrías con desconfianza y con recelo, preguntándome siempre: «¿qué nueva desdicha me guardará el destino después de estos goces?»

Porque es una alegría inesperada ver a Pedro en camino de ser un hombre útil, y a Clarita viviendo en pleno sueño de ilusión, mecida por ese cariño sincero y simpático de Gonzalo, tan enamorado y tan vehementemente, y verme yo misma novia feliz del hombre ideal que ha dado vida a todas mis fantasías. ¡Si Dios hiciera ahora que los tres colegiales aprobaran! Porque de Alfredo y Flora no cabe dudar. Son inteligentes y trabajan tan a conciencia, pobrecitos, que sería casi ofensivo dudar de su éxito.

¡Qué pronto voy a tenerles otra vez conmigo!

lo, hacer en su alma una purificación de principios, un auto de fe, que diera lo pasado al olvido...

Ayer tarde, al salir del rosario, me acompañaba Leonardo; su actitud y la mía, por frías y correctas que queramos que aparezcan, son, en realidad, las actitudes de unos novios muy enamorados. La gente se da cuenta y nos miran, unos con benevolencia, con ojos comprensivos y aprobatorios... otros, con una ironía celosa, que me sublevaría si la dicha de sentirme tan feliz y tan querida no me hiciese mirar desde muy alto tales miserias. Como digo, ayer me acompañaba Leonardo al salir de la iglesia, cuando al cruzar por frente a una callejuela des poblada, nos dimos de manos a boca con Salvador Gironés; el hombre pareció desconcertarse, quizá más por la contrariedad que por la sorpresa, saludó muy secamente y pasó. Pero yo sorprendí en sus ojos una de esas miradas sombrías llenas de rencor que ponen espanto en el ánimo más sereno.

Me da miedo este hombre. Y ahora que anda Leonardo por medio, me da mucho más miedo todavía. El hijo no es capaz de tolerarle al padre ningún atropello en contra de nuestros amores, y el padre no se apea de sus proyectos por nadie ni por nada. A Pura la tiene en un encierro odioso, bajo la vigilancia de la Anastasia, desde que corre por el pueblo la noticia de la mejoría de Nelet; y hay quien afirma que ha mandado clavar el postigo del huerto por donde hablaban los novios... ¿Qué hará con Leonardo y conmigo? Porque, ni creo que tolere la rebeldía del hijo, ni el desmoronamiento de sus planes.

Dios nos tenga de su mano.

Mayo, 12.

Y la «Fiesta del Niño» se celebró; se celebró ayer contra viento y marea de la primera autoridad civil, porque las otras asisieron llenas de complacencia; y resultó, como Dios quiere que resulten todas las obras que se hacen con buen fin, digna del objeto que se perseguía, digna de los niños y de las almas buenas que la patrocinaron entusiastamente, digna del lugar donde se realizó, que fué a la postre el más bello escenario que soñarse pudiera. Todo apropiado con justeza, con sencillez, fué un festival magnífico que quedará para siempre en la memoria de todos, dejando en nuestro corazón perdurables emociones... Mi satisfacción no tiene fin. Estoy contenta, regocijada, alegre y orgullosa de estas chiquillas que tan acertadamente se portaron, que a tan alto nivel dejaron el nombre bendito de la escuela... Y la escuela salió de su tabuco, de sus cuatro paredes para mostrarse grande, espléndida, provechosa en la amplitud agreste de estos campos, para mostrarse capaz de su misión generosa, redentiva y augusta, despertando la fibra dormida de la muchedumbre y la confianza absoluta en el porvenir.

—Si que es verdad que la transformación de un pueblo depende de la escuela—decían y repetían algunos.

Y la frase, volando de unos labios en otros, me llenaba de una satisfacción singular.

Con la sola excepción del cacique, del alcalde y

enseñarle a hablar y a rezar, de formar, en una palabra, su alma y su cuerpo?...

¿No es justo que los que en el yunque de la escuela de la patria hicimos ciudadanos íntegros y mujeres honradas, tengamos en nuestra vejez el consuelo de morir entre las manos de un hijo nuestro... ya que a tantos hijos ajenos enseñamos a ser hijos como Dios manda?

¡Oh, el egoísmo de las masas es infinito, es indignante, es... desconsolador!

Mayo, 23.

Como ando tan ocupada con mis ensayos, apenas escribo; he cerrado la escuela, porque no creo que el inspector se oponga a que lo haga exponiéndole el peligro que corremos. Además, la autorización del médico tiene fuerza legal, y el estado de la escuela es un caso de fuerza mayor. Ya sé que mis contrarios no están conformes por fastidiarme a mí. Lo que me extraña es que tarde tanto en contestarme el inspector.

Preparé dos comedias: una para los chiquillos y otra para los mayores. La de éstos es la muy linda de los Quintero «La rima eterna», para la que Gonzalo Páez me está pintando un telón magnífico y unas decoraciones preciosas. Desde luego serán las representaciones en el patio del cura. Leonardo me ayuda con todas sus fuerzas. Hoy ha venido Nelet a presenciar un ensayo. Ya es el mismo Nelet fuerte y alegre de siempre... Pura continúa encerrada a piedra y lodo.

¿Hasta cuándo tendrán paciencia estos muchachos?

que las maestras no deben casarse; porque de permanecer solteras cumplen y atienden mejor sus obligaciones profesionales. Esto me parece, sencillamente, un disparate; ante todo, la maestra que lo es por vocación, pone su deber (que es su gusto) por encima de los deberes menudos de la vida doméstica, que pueden muy bien confiarse a una sirvienta, a una parienta, a cualquier persona apta y de confianza que nunca falta, sin que, por tanto, la marcha ordinaria y normal del hogar, con sus menesteres y exigencias, sirva de estorbo al cumplimiento de la misión escolar.

¡Y cómo no indignarme al ver que esta gentuza ignorante que no comprende ni aprecia nuestra labor, nuestro apostolado, nuestras abnegaciones, no contenta con hacernos difícil su cumplimiento, con poner trabas al perfeccionamiento y al desarrollo de nuestro sistema educativo, porque se aparta de las rutinas tradicionales, aún quiere condenarnos al celibato, como esos bárbaros sultanes que hacen de sus servidores de confianza desgraciados eunucos!

Bueno que hagan el meritorio y admirable voto de castidad esas almas selectas a quienes Dios escogió para esposas ungiéndolas con el óleo de la vocación monástica o sacerdotal; pero nosotros, los maestros, hombres y mujeres que no estamos entre esos predestinados, que estamos hechos de la misma carne, sangre y nervios que las demás personas, ¿no tenemos derecho al amor, a la vida y, sobre todo, a la procreación?... A esa gloria sobre todas las glorias de engendrar el hijo, de apretarle sobre nuestro corazón, de sufrir junto a su cuna, de

de unos cuantos paniaguados, el pueblo asistió en masa, ahito de alegría y de sol. Y fué en el campo, en el gran escenario de la Naturaleza, con todos los realces de un día magnífico y las opulencias de la estación primaveral, saturados nuestros espíritus de esencias y bálsamos confortadores... ¡Qué bella la fiesta!...

Y ellos se creían que nos quedaríamos sin fiesta... ¿y por qué?... No importa que nos hostilicen y nos nieguen su cooperación y nos prohiban muchas cosas... ¿Se trata del bien, se trata de la educación?... ¡Pues adelántel... Y adelante seguimos.

Mayo, 15.

La escuela se me está cayendo materialmente. Una grieta grandísima me ha cuarteado una pared, ya muy resentida por las lluvias de este invierno y las recientes del comienzo de la primavera.

Además, las maderas del techo están carcomidas y en pésimo estado de resistencia, según ha dicho el maestro albañil. Encima vive la familia del Secretario del Ayuntamiento, que tiene un regimiento de chiquillos, muy revoltosos por cierto, y las carreras y los golpes y los trompazos con que nos obsequian hasta en las horas de clase, sin respeto ni consideración alguna, amenazan acabar antes y con tiempo con la escasa resistencia de la bovedilla.

Ayer, un golpetazo formidable, hizo desprenderse del techo una cierta cantidad de cascote que cayó de plano sobre la cabecita de una nena, pro-

duciéndole erosiones dolorosas. El hecho despertó nuevamente en la aldea la cuestión transcendente del local, y suscitó la protesta y la rebeldía contra los encargados de velar y remediar estas cuestiones. Muchos padres han tomado la decisión de retirar a sus chiquitas. Con el testimonio de la nena lesionada y del maestro de obras, he acudido al alcalde solicitando el inmediato arreglo del local, como medio de evitar su probable clausura. Como de costumbre, me ha pedido tiempo para contestar, sin duda para consultar al oráculo, quien probablemente contestará que no hay dinero. Naturalmente, como él no tiene hijas, se le importa poco que las chiquillas se mueran aplastadas por un derrumbamiento, y menos aún que perezca yo, que tanto le estorbo... Leonardo me propone clausurar la escuela con excusa de unos casos de sarampión que se han declarado en el pueblo. Motivos hay; así es que reuniremos a la Junta local y procederemos en consecuencia, aunque sea solamente por humanidad.

Mayo, 16.

Como me temía, el alcalde, consultado el oráculo (léase Salvador Gironés), me ha dicho escuetamente que el presupuesto municipal no da de sí para reparaciones en la escuela. Me lo figuraba. No me he tomado tan sólo la molestia de discutir con él, ni mucho menos me he rebajado hasta consultarle. Sé que mienten porque es preciso que consignent esa partida. Por de pronto, y como el peligro es inminente y como además la epidemia de

sarampión, aunque benigna, se propaga, Leonardo insiste en clausurar la escuela. Aunque como inspector municipal de Sanidad tiene atribuciones para ordenarlo, le aconsejo que para hacer las cosas mejor y con estilo democrático, convoque Junta de Enseñanza y Sanidad a fin de acordarlo con apariencias más solemnes. Y allí se verá cómo opinan ciertas personas.

Como la clausura por epidemia ha de ser breve y el peligro del derrumbamiento de la escuela se acentúa notablemente, quiero consultar antes con el inspector a fin de que esté en antecedentes y me aconseje lo que proceda. Desde luego que seguiré dando clase aunque sea a la sombra de los rogalés... Y luego, también, he pensado reanudar las funcioncitas de teatro con fines exclusivamente benéficos, en vista del éxito que tuvo «El Príncipe que todo lo aprendió en los libros», destinando ese dinero a la reparación del local escuela. Es el único medio. Claro que tropezamos otra vez con el inconveniente del local para el espectáculo. Ahora, Pura no se atreverá a plantarle cara a Gironés, ni Gironés accederá a hacer la vista gorda con la esperanza de domeñar con las concesiones, la rebeldía de Leonardo. Pero el cura tiene a la espalda del huerto un gran patio que no utiliza, y pienso proponerle que me permita instalar en él el teatro. Ahora la temperatura es suave y podemos estar al aire libre.

Mayo, 22.

Hoy he oído una opinión peregrina y absurda que me ha indignado. La mujer del síndico afirma

para la salud y aun para la vida si se toman en combinación.

Todo el que ha viajado por los países tropicales de América sabe que allí nadie bebe vino ni licores fuertes después de comer plátanos, pues de hacerlo así, sobreviene un estreñimiento y cólicos violentos. El peligro es, sobre todo, inevitable si la bebida es aguardiente.

El vinagre en las ensaladas retarda la digestión. Por muy poca cantidad que se ponga, la digestión dura de cuatro a treinta minutos más que de ordinario, y si la proporción es muy grande, puede la digestión cesar durante largo rato.

El vinagre con sal parece ser singularmente dañino; en Inglaterra, según hemos leído en una revista, murió hace poco una jovencita por haber bebido una pequeña dosis de vinagre y sal.

Jamás deben comerse cerezas con leche. Esta mezcla mató al presidente de los Estados Unidos Franklin Pierce.

El té ocasiona siempre un ligero retraso en la digestión, pero sus efectos son más perjudiciales cuando se toma al mismo tiempo que la carne.

El mejor té de la China contiene un ocho por ciento de tanino, y esta substancia convierte la carne en algo muy semejante al cuero, haciéndola, por consiguiente, muy poco a propósito para la nutrición. Un célebre médico aconseja tomar el té muy claro, y nunca durante la comida, sino después; es el único modo de no echarse a perder el estómago.

Un poco de bicarbonato de sosa, añadido al té en proporción de uno por cincuenta, es también muy conveniente.

Es muy común creer que el queso es una substancia que se digiere por sí misma; pero, por eso mismo, nadie debería comerlo sin tener la completa seguridad de poseer un estómago muy resistente.

Lo peor de todo es comer, juntamente con el queso, cebolla cruda o carne. La carne es ya suficientemente nutritiva para que necesite esta mezcla.

De las substancias animales, la única que puede comerse cruda sin temor es la ostra. Y aun así, hay el peligro de coger una tifoidea.

JARDINERIA EN MACETAS

Manera de conservar las rosas

Se ponen los capullos con sus tallos en el fondo de una caja de hierro blanco, sobre el

cual se habrá extendido una ligera capa de sal molida muy fina; se alinean los capullos, evitando que se toquen. Se recubren enteramente de sal y se cierra la caja herméticamente. Algunos meses después se encontrarán los capullos al parecer marchitos. Será suficiente, entonces, cortar la extremidad de los tallos y colocar las rosas en un florero lleno de agua. Se verán revivir las flores en poco tiempo. La sola condición es que la sal haya estado bien seca, para lo cual deberá ser antes sometida al fuego en una pequeña marmita.

Las flores secas

Para conservar las flores secas para los herbarios, sin que se alteren los colores, se colocan entre dos hojas de papel secante blanco, extendiéndolas con mucho cuidado. Se ponen después las hojas entre ladrillos refractarios y se meten en una estufa a la temperatura de 60 a 70 grados centígrado. Allí se tienen tres o cuatro horas consecutivas, cambiando el papel cada hora. Hecho esto, la desecación será completa, y las flores conservarán muy bien sus colores naturales.

COCINA PRACTICA

Lengua a la escarlata

Tómese una lengua fresca de buey, póngase en adobo, con sal en abundancia, dos cucharadas de pimienta molida y unos dientes de ajo, según el gusto, muy picados. Déjese cubierta por el adobo durante cinco a siete días; pasado este lapso se saca del recipiente y se frota con sal de nitro toda la lengua por igual. Se pone a cocer con unas ramas de laurel, perejil, tomillo y mejorana, todo en pequeñas cantidades, y un poco de vino blanco. Después de cocida, por espacio de dos horas, por lo menos, se pone en prensa por la noche, y al día siguiente puede comerse como fiambre.

Chuletas de ternera con espinacas

Prepárense unas cuantas chuletas, y después de rebozadas con manteca hay que salpimentarlas.

Cuando hayan tomado color de cada lado añádase una cucharada de jugo, y déjese que termine la cocción a fuego lento.

Colóquense entonces en una fuente caliente, sobre un lecho de puré de espinacas, y sírvanse.

CONOCIMIENTOS UTILES

Cuidado de las manos

El cuidado de las manos en esta época de calor tiene más importancia que en el resto del año, porque, aunque desde el punto de vista estético son muy malos los sabañones, no son tan molestos como las manos húmedas y viscosas, especialmente cuando se escribe a máquina o se hacen labores delicadas.

La mayoría de las que padecen estas molestias son personas delicadas y mujeres anémicas, y a veces basta un tónico para obtener la curación en pocos meses.

Como medida preventiva, deben bañarse las manos con unas gotas de vinagre o agua de colonia, y, después de secas, se espolvorean con ácido bórico y almidón, mezclados en proporción de cuatro partes en peso de almidón y dos de ácido bórico.

Otro remedio sencillo es untar las palmas de las manos con pasta de harina de almendras y agua y frotar bien la piel. Después se quita con agua y se espolvorean las manos con los polvos antedichos.

La joven que trabaja en una oficina o en un taller y tiene este padecimiento, debe llevar siempre en el bolsillo un frasquito con una solución débil de ácido bórico (dos cucharadas pequeñas de ácido bórico por ocho onzas de agua), con una cucharadita de agua de colonia por cada dos onzas de loción. Con este líquido se humedece la palma de la mano en cuanto se nota calor o viscosidad,

y se espolvorea después con una borlita y polvos de almidón y ácido bórico.

De esta manera se conservan las manos frescas todo el día.

Loción para la piel

El jabón, como se sabe, es perjudicial para el cutis, y para la limpieza de éste es preferible recurrir a lociones que limpien por completo y a fondo la piel, sin irritarla ni secarla. He aquí una fórmula antigua, cuyo empleo dió siempre resultados excelentes:

Cocimiento de centaurea filtrada y en frío, 25 centilitros; agua de rosas, 25 ídem, y alcohol de 90 grados o agua de colonia de buena clase, 50 centilitros. Mézclase bien todo, y pásese mañana y noche por la cara una muñequita de algodón en rama bien empapada de este líquido.



El Hogar y la Moda

Hemos recibido el número del 5 de septiembre de esta revista de modas, que contiene entre otros trabajos: Crónica de París. La moda de otoño. Comentarios frívolos. Para septiembre. Comentarios sobre el pañuelo. Un ligero bordado de Lagartera. Un conjunto para la noche. Comida castellana. Verano: El dormitorio. Todos debiéramos ser beligerantes. Un duro por una idea. Últimas novedades de París, etc.—Todos los trabajos se completan con hermosos grabados.

LECTURAS INFANTILES

por

EZEQUIEL SOLANA

Este libro, primero de lectura corriente, consta de 116 páginas, ilustradas con 85 grabados, contiene LV narraciones. Todas ellas terminan con una máxima y una conversación sobre la materia tratada, para hacer que el niño se fije detenidamente sobre lo leído. Impreso en tipos grandes y de gran claridad.

Ejemplar, encartonado, UNA peseta.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN

EL MAGISTERIO ESPAÑOL. APARTADO 131. MADRID

LA BUENA EDUCACION EN LA INTIMIDAD

Es muy triste, pero desgraciadamente acontece con suma frecuencia, ver a los miembros de una misma familia tratarse mutuamente con gran indiferencia, y haciendo caso omiso de ciertas reglas de buena educación, traspasar los límites de la intimidad hasta llegar a la grosería.

¡Cuántas veces hemos oído repetir la frase: «Estoy en mi casa y no me molesto! Es un grave error pensar que la intimidad del hogar autoriza a prescindir de toda educación.

Generalmente, los disgustos, los desacuerdos que dividen a las familias, provienen de la negligencia, del desahogo y de la falta de consideración.

La buena educación observada en la intimidad crea, por el contrario, una atmósfera feliz, agradable, llena de dulzura y amabilidad.

Ya que es la familia la primera sociedad, en la cual evolucionamos, es, pues, en ella a donde debemos ejercitar nuestra educación. De marido a mujer no hay cualidad más preciada que una educación refinada, es la primera condición para la felicidad conyugal; permite a la mujer de guardar siempre su prestigio y al marido inspirar a su compañera sentimientos de respeto y estimación.

Si los esposos en su vida íntima no profesan entre ellos los cuidados delicados y las consideraciones que recomienda la educación, la armonía entre ellos pronto quedará rota, y con el hábito continuo de faltarse al respeto, muy pronto vendrá el cansancio, los rencores, y quizás, algún día, lleguen al odio y al escándalo.

Por desgracia, hoy en día, vemos muchos matrimonios desunidos, y es que, con frecuencia, se han herido mutuamente en su corazón, en su amor propio, en su susceptibilidad, para hacer triunfar su egoísmo, y uno y otro, olvidando los buenos preceptos del decoro, se han convertido en enemigos y su hogar en infierno.

Para que la intimidad conyugal sea agradable, la cohabitación continua exige a estos dos seres múltiples y mutuas cualidades; la mujer se disgusta fácilmente por la falta de delicadeza del marido, y éste, a su vez, se enfada ante la negligencia y los desatinos de su esposa.

No hay hogar que pueda resistir a la falta de pudor, a la falta de buenas maneras en la

intimidad; torpe es el marido que no practica en casa los buenos modales e ignora las consideraciones que debe a su mujer; torpe y muy torpe la esposa que confunde la intimidad con la falta de vergüenza, se permite usar un vocabulario grosero, y descuida su persona en aseo y manera de vestir. Si ambos en su egoísmo proceden de la misma manera, pronto huirán uno de otro, y si en otras ocasiones sólo uno de ellos falta de educación, pronto aburrirá a su víctima, la cual sólo tratará de deshacerse de tan pesada cadena.

Con los parientes también es un error querer prescindir de observar la buena educación, basta que sean miembros de nuestra familia para que los ratos que pasen en nuestra compañía sean momentos agradables, ratos en que impere la intimidad y la confianza.

Entre amigos también debe reinar, como base, la buena educación; podemos estar seguros que mientras no se burlan sus reglas, la amistad perdurará. Hay que entender bien y no confundir la intimidad y la confianza con la ausencia completa de modales y educación; hay que desconfiar de aquellas personas que van diciendo a todo el mundo: «conmigo nada de etiquetas; todos mis amigos son de confianza; en mi casa cada uno hace lo que se le antoja». Por lo general, estas personas toman la intimidad y la confianza como máscara, con la cual quieren disfrazar su perfecto egoísmo, su mala educación y su vulgaridad grosera; no hay que dejarse atraer por tan falso cebo: son de los que en su casa no atienden a sus invitados, de los que dicen bromas y chistes de pésimo gusto, los que, gracias a su dinero, quieren imponer sus modales, aún primitivos, y que por su posición creen poderse permitir todas sus impertinencias.

Para la amistad muchas veces es fatal llegar a esa «desahogada confianza», pues bien sabido es, que el amigo de confianza ocupa siempre en todo, el último término; pero eso si es «el amigo íntimo»; es decir, con él huelgan todas las reglas de la buena educación.

La buena educación, la observación de ciertas reglas indispensables en nuestra vida diaria, serán las hadas benéficas que salvaguardarán nuestra felicidad en nuestro hogar.

MARGARITA SANTIN DE FONTOURA

NIÑOS ESPAÑOLES, ¡AMAD AL ÁRBOL COMO MIS DISCIPULOS!

Varios años se ha venido celebrando en esta población la «Fiesta oficial del Árbol», pero puedo decir que a los niños no les queda más recuerdo de la Fiesta, que la naranja que merendaron; y así seguíamos sin adelantar un paso en el progreso, resultando para mí infructuosa o estéril la Fiesta del Árbol. ¡Qué ganas tenía de variar de procedimiento! ¡No podía!

Pero llegó un Alcalde entusiasta de los niños y de la Escuela, como el patriota Alcalde de Calatorao, y lo primero que hizo fué cercarnos la plaza a la que salían los niños a recreo, y ¡aquí fué Troya para la redención del árbol! Los entusiasme explicándole las ventajas y beneficios que los árboles proporcionan al hombre, y sin trabajo conseguí de ellos que voluntariamente y en horas extraordinarias hiciesen en lo que fué plaza 66 hoyos, colocaron en ellos otros tantos árboles frutales, rosales, azucenas, etc., y tenemos ya transformada aquella plaza en hermoso jardín, sin gastos ni sacrificios, y que llegará a ser uno de los primeros jardines de las Escuelas de España, no faltando las moreras, para que tengan moras en casa y no vayan a estropear las de los paseos públicos.

Ellos cavan su árbol, lo podan, abonan, riegan, injertan, etc. Les hago ser propietarios del árbol que lleva su nombre, y los frutos son para él, hasta el punto de que si yo pruebo la fruta, es porque me la dan, aunque generalmente la reparten entre todos los niños de las Escuelas nacionales el día que celebramos la «Fiesta de la Fruta». Y yo, ¡lleno de satisfacción por haber conseguido lo que deseaba! ¡Qué gusto da verlos cuando salen a recreo, disputarse la regadera, el azadón o el rastrillo! ¡Cuánto disfrutan viendo los árboles que, por medio de injertos les hacen dar dos clases de fruta! Por estas causas no os extrañará que lleno de alegría sueñe despierto figurándome ¡qué locura! que los niños españoles que más aman al árbol son ¡mis ángeles de la tierra!

¿Quién cree que ese jardín de la Escuela, hecho por mis niños, ha tenido este año más de 500 hermosas rosas, jugando los niños al lado de ellas, dándoles en las rodillas, etc., y los cálices secos de esas rosas dicen que no han cortado ninguna? ¿Quién cree que hemos tenido un diluvio de albaricoques, melocotones, etc., dándoles en la cabeza, boca,

etcétera, al pasar corriendo los niños, y ni un fruto ha faltado siquiera? ¿Quién cree que he pasado estas vacaciones caniculares en Salamanca, los niños regando el jardín casi a diario, solitos en él, y no ha faltado ni un melocotón, almendra, etc.? ¡Estoy convencido que todos los males que padece la sociedad, son por falta de educación!

Me diréis, tal vez, que el respeto que mis niños tienen a los árboles, es por el miedo que tienen al guarda del jardín, y, ¡efectivamente, le respetan más que al guarda del Ayuntamiento!; pero debéis saber que el guarda de este jardín es una bandera nacional con tres bandos que dicen lo siguiente:

1.º *Espanoles*, si tenéis amor al árbol, pasad adelante para que veais el ejemplo que os dan los niños de Navalcarnero. Si no lo tenéis, volved a vuestra casa llorando vuestra desgracia, porque ¡desgraciados sois!

2.º *Espanoles del siglo XX*, si sois verdaderos españoles, si queréis el bien de nuestra patria, trabajad todos para convertirla en un verdadero vergel, porque estamos perdiendo muchas riquezas. Los niños de Navalcarnero os dan el ejemplo; pues, a fuerza de trabajos, han convertido lo que antes era un desierto, en este verdadero paraíso.

3.º Este jardín, puesto por los niños y propiedad de todos los que vienen a la Escuela, no tienen más guarda que esta *bandera nacional*, y como para los niños serán sus frutos, a ellos interesa su conservación. Por eso lo pone bajo su especial cuidado y vigilancia el Maestro Director...

¡Maestros chiflados, como yo, por la patria, niños, Escuela y jardín! ¡A vosotros llamo y a vosotros quiero! ¡Que hagan los niños en vuestro jardín lo que hacen aquí los míos, que no os arrepentiréis del consejo que os da el último Maestro de la nación! ¡Pedid, como yo pido, que se castigue a los asesinos de los árboles; que se propague el amor al árbol; que se obligue a plantar un árbol cada año a los niños que asisten a las Escuelas; obligar a los Ayuntamientos a plantar una morera por cada vecino para la industria de la seda, y, por último, obligar a los padres a plantar un árbol frutal por cada hijo que nazca, pues estoy seguro que con lo que se pierde en arroyos, lindes, etc., habría para mantener a todos los españoles!

JOSÉ JALON CARRASCO